

Padre José María Lagrange O.P

Jesús proclamado Hijo de Dios en el momento del bautismo

Acontecimiento importante para la conciencia cristiana, que hubiera pasado casi desapercibido sin el presentimiento de Juan, convertido en sobrenatural certeza después de la manifestación divina. Jesús venía de Nazaret: la agitación se había, pues, extendido por Galilea. Era el hijo de María, viuda de José, y pasaba naturalmente por hijo de José. Ciertamente que nada se había observado en su conducta que le obligase a someterse a la penitencia: era un excelente israelita, educado por sus padres en el temor de Dios y en el respeto de sus observancias, en una piedad reavivada por las peregrinaciones a la ciudad santa: no tenía, por tanto, pecados que confesar. Pero, como suele suceder, los que menos cargada tienen la conciencia suelen ser los primeros en confesarse. Los más santos sólo pensaban en asociarse a la penitencia general que abreviaría los días de salvación. Era tal, sin embargo, la reputación de piedad de Jesús, la modestia de su continente y también el candor de su mirada, que Juan, advertido ya por una voz interior, acaso por una emoción que se remontase a los recuerdos de la infancia, le dijo, según leemos en san Mateo: «Yo he menester de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» Sin embargo, no se postró a sus pies como hubiera podido esperarse de sus anteriores manifestaciones, y cuando Jesús le respondió: «Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia», se inclinó y cumplió con él su oficio de Bautista. Su mano hubiera temblado si hubiera estado cierto de que estaba bautizando al Mesías, pero no tenía aún la certeza que le había sido prometida: «sobre quien vieres descender el Espíritu y reposar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo». No le fuera dada la señal divina si no hubiera sido dócil a la invitación de Jesús. Entonces, dice san Marcos: «subiendo del agua, vio Jesús abrirse los cielos y al Espíritu Santo como paloma que descendía sobre él, y se oyó una voz del cielo»: «Tú eres mi hijo muy amado; en ti tengo mis complacencias.» Para los que no vieron más que lo exterior, el bautismo de Jesús fue un acto sencillísimo: una señal de buena voluntad, llena de deferencia para Juan, y una acción de un israelita deseoso de hacer más de lo que la Ley prescribía, si un profeta de Dios indicaba un medio de agradarle. Hacerse bautizar no era en modo alguno acto, propio del Mesías. Algunos privilegiados, ¿vieron la paloma y oyeron la voz? Los evangelistas parecen sugerirlo, aunque no lo confirman. El Espíritu Santo apareció bajo forma visible; pero la aparición de una paloma podía ser natural, y sólo aquellos a quienes Dios hacía la gracia podían dar a lo sucedido su verdadera interpretación. El Bautista lo entendió ciertamente, ya que la señal a él estaba destinada. Había anunciado que uno mayor que él bautizaría en el Espíritu Santo. La bajada del Espíritu Santo reposando sobre Jesús después del bautismo era precisamente el signo apropiado. La paloma recordaba el modo misterioso con que el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas primitivas, como para fecundarlas.

Comprendió entonces Juan que en adelante no habría más bautismo que en el Espíritu, y conoció que Jesús era el elegido, o el hijo de Dios, el Mesías. Este hecho, que para Juan era una revelación, tenía en sí mismo su motivo de ser respecto de Jesús: hacia Él tendió el vuelo la paloma, y a Él se dirigía la voz, según san Marcos y san Lucas. San Mateo ha escrito: «éste es mi hijo» y no «tú eres mi hijo»; pero este tan ligero cambio, si manifiesta que la voz se dirigía a otros, no prueba que haya sido oída de todos. Muchos críticos modernos de la escuela protestante liberal han deducido de esta manifestación del cielo hecha a Jesús que entonces fue la vez primera que tuvo conciencia de su dignidad mesiánica, o, como ellos dicen, se sintió más hijo de Dios que los demás hombres. El texto, en verdad, no dice nada que se le parezca. Para comprenderlo es preciso confrontarlo con aquellos que hablan del Espíritu de Dios. Este Espíritu obra, excita la voluntad o la inteligencia de ciertos hombres y los fuerza a realizar acciones heroicas para salvar a su pueblo. Lo mismo hizo con Jesús. Jesús fue a recibir el bautismo como todos; pues, en efecto, tenía la humana naturaleza en toda su realidad. Había llegado la hora para él de emprender una misión difícil y llevarla hasta el heroísmo del último sacrificio. Del cielo desciende el Espíritu como para señalarle el momento. Porque él aceptó la humilde actitud de bautizado, más propia para apagar toda iniciativa mesiánica que para atraer la atención de los demás, se deja oír la voz del Padre, manifestándole su satisfacción y afirmando que estaría siempre con él, tanto más cuanto que es su Hijo muy amado. Recibe la señal de su misión y aparece delante de los demás como investido de los derechos que tiene de su Padre. Por este primer acto público se puede decir que Jesús no vino a abrogar la Ley y los profetas, sino a perfeccionarlos. Recibió del último profeta un bautismo que sólo era un símbolo y que por su muerte cambiará en fuente de gracia del Espíritu Santo. El bautismo de Juan invitaba a los judíos a la penitencia, el de Jesús sería propuesto a todas las naciones como iniciación por la fe en la vida divina de su resurrección, y sería conferido en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; del Padre que le llamó en el bautismo su Hijo muy amado, y del Espíritu Santo que se agitó sobre él con amor. Para apreciar el valor de un hecho histórico, el historiador más atento a reproducirlo en el medio ambiente, tal como lo comprendieron los de su tiempo, no debe privarse de la luz que esclarece sus consecuencias, indicios manifiestos de su trascendencia y de su fecundidad. No es menester ser creyente para comprender el inmenso alcance del bautismo de Jesús. La Iglesia celebra el bautismo de Cristo el día de la octava de la Epifanía. Era bien que a la epifanía de su Natividad siguiese la segunda epifanía, la entrada en escena, y esto según el estilo de los reyes que se engreían de su origen divino: nosotros lo comprendemos hoy mejor que nunca. El creyente ha visto aquí un admirable designio de Dios: no se maravilla de que la voz del Padre, que resuena desde la eternidad, haya sido oída a orillas del Jordán por su Hijo encarnado, y que el Espíritu Santo, nudo entre el Padre y el Hijo, haya aparecido como lazo de unión entre el cielo y la tierra.

**(José María Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*,
Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1933, p. 60-63)**